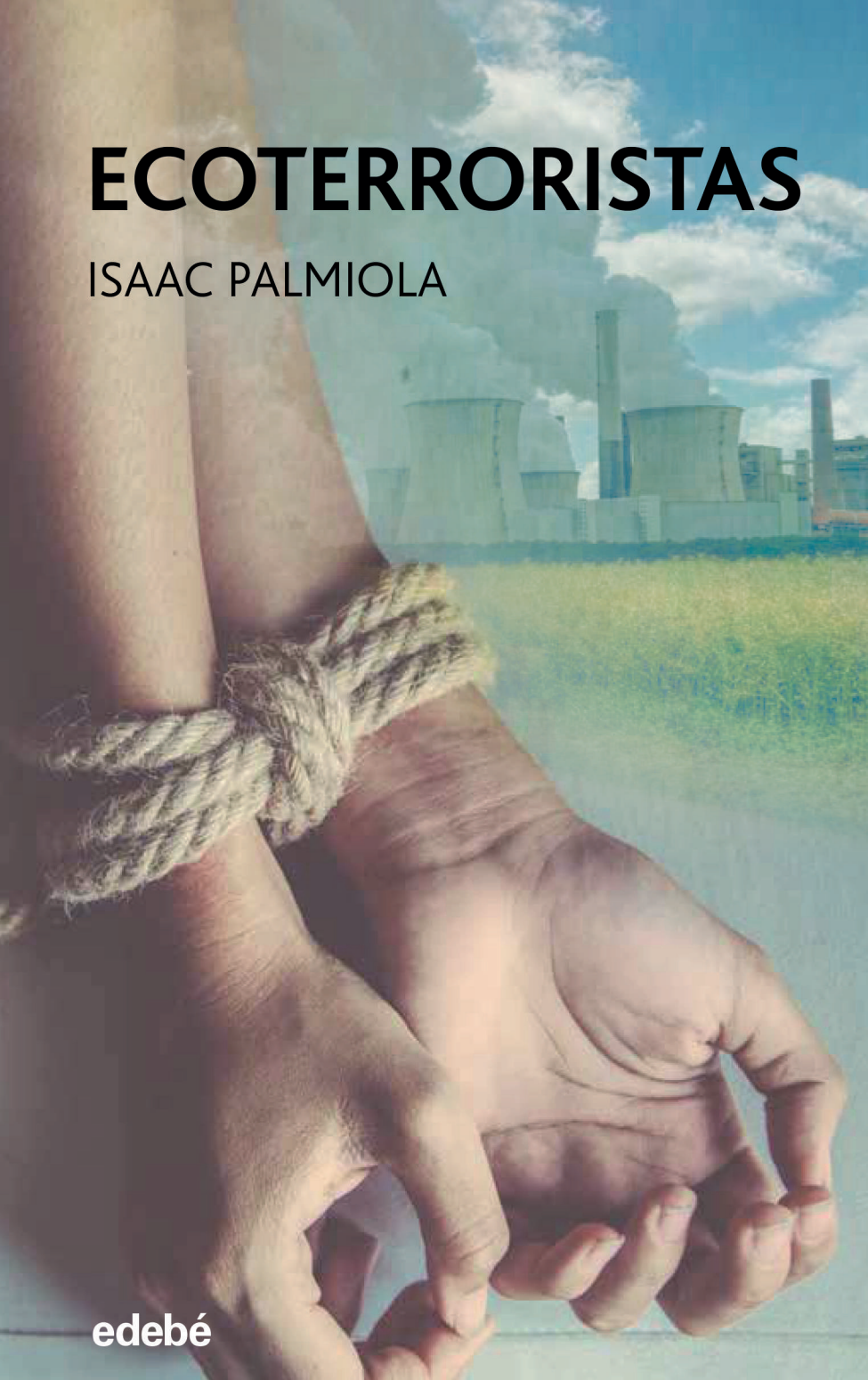


ECOTERRORISTAS

ISAAC PALMIOLA



edebé

periscopio

ECOTERRORISTAS

ISAAC PALMIOLA

ECOTERRORISTAS



edebé

© Isaac Palmiola, 2022

© Ed. Cast.: Edebé, 2022

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Diseño de la colección: Book & Look

Fotografía de cubierta: Shutterstock y Pexels

Primera edición, febrero 2022

ISBN: 978-84-683-5559-7

Depósito legal: B. 10154-2021

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para mi hija Marina.

Bianca

1

Bianca escuchó el ruido del exprimidor de naranjas mientras avanzaba con prisas por el pasillo. Empujó la doble puerta de madera y entró en la cocina con la carpeta bajo el brazo.

—No te irás de casa sin el zumo de naranja —la amenazó su madre.

Estaba a punto de protestar, pero se dio cuenta de que era una guerra perdida y se limitó a rebufar impaciente ante la burlona sonrisa de su padre. Recién levantado y vestido en pijama, se tomaba un café apoyado en la encimera.

—Hoy, examen de matemáticas, ¿no?

Bianca asintió. Su padre la atrajo hacia él y le dio un beso en la mejilla. Su barba de tres días cortaba como una navaja.

—Te afeitarás antes de salir, ¿no?

—Aún no —bromeó él—. Prometo más besos si suspendes el examen...

—Toma. —Su madre le dio el zumo recién exprimido—. Concentrada y segura de ti misma. Te irá bien, ya lo verás.

Bianca engulló el vaso casi sin respirar y se fue de casa caminando a paso rápido. Bajó las escaleras trotando y salió a la calle. El día era prometedor. La temperatura ya era agradable a esa hora y el sol empezaba a lucir tímidamente en un cielo despejado, sin viento ni nubes. Vivía en las afueras de una pequeña ciudad en el extrarradio de Barcelona. El barrio no era hermoso. Combinaba con mal gusto bloques de pisos de hormigón, *parkings* de tierra repletos de coches polvorientos y antiguas naves industriales abandonadas, con los cristales rotos y grafitis en las fachadas.

Tras comprobar la hora en el móvil, Bianca se relajó un poco. Aún era temprano. Cruzó la calle hasta el viejo almacén y se dirigió hacia la puerta metálica de la entrada. Como cada mañana, Newton ladró escandalosamente cuando escuchó pasos acercarse y empezó a arañar la puerta con las patas delanteras.

Bianca, con una sonrisa en la cara, agitó las llaves para que el perro pudiera reconocer el sonido al otro lado de la puerta. Newton reaccionó entre gemidos de emoción mientras ella abría los distintos cerrojos con tres llaves distintas. No entendía aquella obsesión de su vecino por la seguridad, pero hacía tiempo que se había acostumbrado a ello. Cuando por fin abrió la puerta, el perro se le echó encima entre lametones eufóricos.

—Guapo, más que guapo... —Bianca se colocó de cuclillas y le dio achuchones hasta que se calmó un poco.

Al levantar la cabeza, vio la silueta de Jim, en medio del almacén, vestido con pantalones cortos y una camiseta vieja y arrugada.

Bianca se consideraba una chica más bien tónica, con padres tónicos y amigos tónicos, pero no podía decir lo mismo de su vecino. Jim era raro. Hacía dos años que había llegado al barrio y Bianca era la única persona con la que se relacionaba. Le llevaban la compra a casa, no salía del almacén bajo ningún concepto y vivía en condiciones lamentables, durmiendo en un colchón en el suelo y cocinando en un diminuto fogón de *camping* gas. Pálido y desgarrado, tenía pinta de ser un mendigo enfermo, de esos que están en los huesos y farfullan palabras sin sentido, pero nunca mostraba signos de agresividad. Al contrario, en su mirada melancólica había siempre un fondo de bondad.

—Buenos días, Laura —la saludó con su marcado acento británico.

Bianca llevaba casi dos años sacando a pasear a Newton, pero el hombre aún no había conseguido memorizar su nombre y se lo cambiaba constantemente. Verónica. Sara. Viviana. Marta. Lola. Hacía tiempo que Bianca había dejado de corregirle. Lo más curioso era que, detrás de su aspecto descuidado, debía de esconderse un intelecto considerable. Los maltrechos muebles y electrodomésticos contrastaban con la modernidad del equipamiento informático y mecánico que atiborraba la pequeña nave industrial en la que vivía. Jim no era ningún vagabundo arruinado. Tenía dinero. De eso no había duda.

—Se ha despertado pronto hoy —comentó Bianca.

—Ah, ¿sí?—preguntó—. ¿Qué hora es?

—Las siete y veinte.

Jim parecía bastante conectado aquella mañana. La mayoría de los días ni tan siquiera la saludaba, durmiendo en el colchón que había tirado en el suelo o fijando la vista en las complejas fórmulas y operaciones matemáticas que había en la pantalla de su ordenador, y siempre, absolutamente siempre, tenía que recordarle que le pagara los doscientos euros que le cobraba para sacar a pasear al perro. Bianca estaba segura de que, de haber querido, habría podido pedirle que le pagara seis veces más cada mes y ni se daría cuenta. Pero ella era honesta. Y, además, había algo en aquellos ojos azules que le inspiraba ternura.

—¿Quiere que le corte el pelo?

El hombre negó con la cabeza, pese a que su pelo era un desastre. Crecía largo y espeso a los lados, pero apenas conservaba unos pocos pelajos despeinados en la coronilla.

—¿Tienes bien guardado aquello que te di?

—Sí, no se preocupe —contestó Bianca.

De vez en cuando el hombre le entregaba varios discos duros externos, probablemente una copia actualizada de sus trabajos, por si le ocurría algo a su ordenador. Ella no tenía ni la más remota idea de a qué se dedicaba. Y cuando había tratado de abrirlos con su ordenador portátil, una contraseña secreta le había impedido saciar su curiosidad.

—¡Vamos, Newton!

El *bulldog* correteó a su alrededor con un palmo de lengua fuera hasta que se dejó poner el collar. Tenía una mandíbula muy poderosa, pero era pacífico como un corderito.

Bianca se despidió de Jim y cerró la puerta con las tres llaves. No se habían alejado ni una docena de metros cuando vio una furgoneta que nunca había visto por el barrio detenerse a unos pocos metros de la nave de Jim. Le llamó la atención lo limpia que estaba y que tuviera los cristales tintados de color negro. Por supuesto, no le dio la más mínima importancia y siguió andando como si nada.

2

Mientras Newton merodeaba por el descampado, Bianca se sentó en un banco de madera para darse un homenaje. No vivía en el mejor barrio del mundo, pero tenía una panadería a diez minutos de casa donde hacían los mejores cruasanes rellenos de crema del universo. No eran baratos, pero ella se podía permitir el capricho de vez en cuando. Al fin y al cabo, se sentía una privilegiada por ganarse doscientos euros al mes solo por sacar a pasear a un perro. No había muchos estudiantes de primero de bachillerato que tuvieran aquella suerte.

Saboreó el primer cruasán con deleite y al instante notó cómo vibraba su teléfono móvil. Un mensaje. Bianca arrugó el entrecejo extrañada cuando vio que se trataba de un vídeo enviado por Jim y se apresuró a abrirlo.

En la imagen aparecía un primer plano de su excéntrico vecino hablando a cámara. El vídeo debía de ser bastante antiguo porque el hombre llevaba el pelo corto y parecía recién afeitado. Tenía la cara pálida y arrugada, con ojeras bajo los ojos y aire triste, pero su aspecto aseado daba credibilidad a sus palabras:

—Estimada Bi... Bianca —empezó—: Recibir este mensaje no es una buena noticia ni para mí ni para ti. Significa que ellos me han encontrado y que las cosas se han torcido de verdad. Tienes que actuar de inmediato, sin dilación. Reúne los discos duros de la última actualización y dáselos a Axel Green. Le encontrarás en la calle Planella, 22, de Barcelona. Memoriza este nombre y memoriza la dirección. Entonces borra el mensaje, apaga el móvil y destrúyelo para que ellos no puedan seguirte el rastro. No hables con nadie y menos con la policía. Pondrás en peligro a cualquiera con el que hables. De hecho, ni te imaginas lo que podrías poner en peligro si hablas con alguien.

Jim se frotó las sienes con insistencia antes de continuar:

—Sé que mis palabras te parecerán extrañas, pero no has escuchado otra verdad más aplastante. Ahora no importa nuestra felicidad. Ni la tuya ni la mía. Tampoco importa si vivimos o morimos, ni tan siquiera importan el bienestar y la salud de nuestros seres más queridos. No somos más que una mota de polvo en un mundo inmenso, un soplo de viento en la historia de la humanidad. Yo tenía una responsabilidad muy grande y la asumí pagando un alto precio. Ahora

tú tienes una responsabilidad muy grande. Asúmela, Bianca. Lleva los discos duros a Axel Green.

Y aquí terminaba el vídeo.

Su vecino estaba aún más desequilibrado de lo que se había imaginado. Trató de reírse, pero por algún motivo su risa sonó nerviosa y forzada y se dio cuenta de que su corazón latía acelerado. Miró a Newton. El perro marcó un pino con su orina y se detuvo para husmear unos hierbajos. Volvió a visionar el vídeo. Aquel loco le pedía que memorizara la dirección, borrara el mensaje y apagara el móvil, pero estaba claro que el pobre hombre no estaba en sus cabales. Era un demente. Tenía que serlo.

—¡Vamos, Newton! —gritó ella.

Estaba segura de que aquel mensaje no era más que la fantasía de un enajenado mental, pero se encontró poniéndose en pie y abandonando los cruasanes de crema en el banco para devolver el perro a su amo.

Caminó rápidamente, con ansiedad, tirando de la correa cada vez que Newton se detenía a olisquear algún rincón. Volvió sobre sus pasos deshaciendo las calles que ya había recorrido y se plantó de nuevo delante del almacén de Jim. La furgoneta con los cristales tintados de negro seguía aparcada allí delante. Sintió el impulso de largarse, de encerrarse en su casa y no salir, pero en la calle se respiraba tranquilidad, el ambiente cotidiano de cada día. Una vecina que conocía de vista cruzó la calle con las llaves del coche en la mano y un anciano regaba las flores del balcón. Todo normal. O tal vez no. Tal vez por eso Bianca actuó como si nada. Ató a Newton en el poste de una

señal de tráfico y avanzó hacia la entrada con el corazón acelerado. Empujó la puerta con la palma de la mano y cedió. Estaba abierta.

Se detuvo en la entrada, contemplando las cerraduras forzadas. Desde allí podía ver que alguien había hecho pedazos todo el equipo informático. Un silencio imponente resonaba en la sala. Aunque su cerebro le pedía a gritos que se fuera, avanzó unos pasos hacia delante y vio el cuerpo en el suelo. Era Jim. Su cabeza reposaba en un charco de sangre. Ahora su corazón latía desbocado. Lo más sensato era marcharse bien lejos. Sin embargo, se arrodilló delante del cuerpo y acarició su piel fría mientras trataba de contener las náuseas. Muerto. Tenía una herida muy fea en la cabeza y no respiraba. Colocó un par de dedos en el cuello y fue incapaz de encontrarle el pulso. Muerto. Ahora sí. Tenía que irse.

Al instante, un rumor de voces resonó en la sala, provenientes del piso superior. Escuchó pasos bajar por las escaleras y buscó un lugar donde ocultarse. Se tiró al suelo y se arrastró hasta esconderse detrás de una pequeña nevera.

Silencio.

Bianca se abrazó a sus propias rodillas conteniendo el aliento. Solo veía la vieja pared con manchas de humedad, pero notaba que había alguien más.

—¿Qué hace la puerta abierta? —preguntó un hombre. Tenía una voz viril y hermosa, digna de un locutor de radio, pero a Bianca le puso los pelos de punta—. He cerrado la puerta, estoy seguro. ¿Por qué está abierta?

—El viento —contestó un segundo hombre con una voz nasal muy desagradable.

Bianca temblaba, pero debía controlarse. Si podía dominar los nervios durante un examen final, también podía hacerlo ahora. Y si podía dominar los nervios durante una competición de gimnasia artística, también podía hacerlo ahora. Respiró muy lentamente y cerró los ojos. Al abrirlos, vio una sombra avanzando por el pasillo con una pistola en ristre.

—Déjalo, ya lo hemos peinado antes —dijo el de la voz nasal—. ¿Nos llevamos el equipo informático?

El de la voz hermosa no contestó. Paseó por los alrededores parsimoniosamente, observando, hasta que, de repente, se dio la vuelta y se dirigió rápidamente hacia ella. Bianca ahogó un grito y se quedó muy quieta. Un chirrido agudo. El hombre abrió la nevera y se quedó pensando unos segundos.

—No entiendo por qué la puerta estaba abierta... —repitió con su voz viril, y se escuchó el clic de una lata al abrirse y el ruido de su garganta engullendo líquido—, pero aquí acaba nuestro trabajo. No hace falta que nos llevemos nada. La policía ya se encargará de todo...

Esta vez sí, los pasos de los dos hombres se dirigieron hacia la salida y abandonaron el almacén con naturalidad, como si hicieran aquel tipo de cosas a diario.

3

—Hola, ¿hay alguien?

Ninguna respuesta. Tal y como se había imaginado, no había nadie en casa. Bianca fue directamente hacia su habitación y abrió el armario ropero. Destinaba uno de los cajones del interior a almacenar los discos duros de última generación que Jim le entregaba cada dos o tres meses y los depositó con cuidado encima de la cama. Aquellos eran muy recientes. Tenían cuatro o cinco días. Seis como mucho.

Newton, sentado en el suelo, la contemplaba con la lengua fuera, feliz porque su rutina habitual se rompía con una inesperada aventura.

Bianca seguía temblando. La furgoneta negra parecía haberse esfumado y había podido llevarse a Newton a casa sin problemas, pero el sentimiento de peligro no había desaparecido. Su cabeza martilleaba con mil pensamientos y le costaba ordenar las ideas, actuar con frialdad. Lo más lógico sería acudir a la policía, pero Jim le pedía encarecidamente que no lo hiciera y, a juzgar por los comentarios de los asesinos, no parecían muy preocupados por esa posibilidad.

Volvió a visionar el vídeo por tercera vez y al acabar tenía la garganta seca y la respiración pesada. «*Tampoco importa si vivimos o morimos, ni tan siquiera importan el bienestar y la salud de nuestros seres más queridos*». Bianca pensó fugazmente en el examen de matemáticas y descubrió lo poco importante que era en esos momentos. «*Tienes una respon-*

sabilidad muy grande. Asúmela, Bianca». Tenía la frente empapada. Se secó con el dorso de la mano y descubrió que el sudor era frío.

Respiró hondo y tomó una decisión. Trataría de seguir las instrucciones de Jim al pie de la letra. Iría a Barcelona, entregaría los discos duros al tal Axel Green y volvería a casa. ¿Por qué no había ido al examen? Un ataque de pánico, nada más. Se había ido a pasear por el centro durante toda la mañana. Bien. ¿Y Jim? Ella se encargaba de sacar a pasear al perro tres veces al día. Era la única persona que se relacionaba con aquel hombre tan excéntrico. Lo normal era que fuera ella la que, tarde o temprano, descubriera el cuerpo. Tenía que avisar, denunciar la muerte de Jim a la policía. ¿O no?

Notó que volvían los temblores, más intensos que nunca, y empezó a frotarse la cara enérgicamente. Volvió a respirar hondo. «Paso a paso», se dijo. Lo primero era llevar aquel equipo informático a Barcelona. Apagó el móvil. Introdujo todo el material dentro de una mochila y usó el ordenador para averiguar cómo llegar hasta la calle Planella, 22, de Barcelona. Tomó nota mental y borró el historial. Se suponía que tenía que destruir su propio móvil, pero se limitó a extraer la tarjeta y la batería.

—¡Vamos, Newton!

Bianca se cargó la pesada mochila a la espalda, se llevó todos sus ahorros, la chaqueta y trotó escaleras abajo tironeando de la correa. Al salir del portal, se quedó de piedra. Ya estaban allí. Dos furgones de la policía y un coche patrulla estaban

detenidos delante del viejo almacén de Jim acordando la zona. Tenían las sirenas apagadas, pero el azul de las luces de emergencia parpadeaba indicando que algo gordo había ocurrido. Bianca se quedó paralizada un instante. ¿Cuánto tiempo podía haber pasado desde el primer disparo? ¿Veinte minutos? ¿Treinta? Contó media docena de agentes, todos vestidos de negro, imponentes, con armas de fuego largas. Aquel destacamento tan impresionante era cualquier cosa menos normal. En el barrio solía haber encontronazos con la policía, pero nunca venían tantos, ni tan bien pertrechados. Tanta eficiencia le pareció sospechosa.

Dio la espalda a la policía y empezó a caminar rápidamente en la dirección opuesta tirando con firmeza de la correa. Estaba a punto de girar a mano izquierda cuando escuchó el grito de un policía:

—¡Alto, chica! ¡Policía!

Ignoró las palabras y siguió caminando hasta darle esquinazo, apremiando a Newton para que acelerara el paso.

—¡Eh, tú, chica, he dicho que alto! —volvió a gritar el agente.

Escuchó los pasos del agente correr hacia ella y esta vez se paró. Imposible huir. Se giró hacia él y esperó a que el hombre llegara hasta ella. El policía contempló con desconfianza a Newton, pero el perro se sentó en el suelo, como si se preparara para darle la pata.

—¿Es que no me has oído? —Era un hombre joven, alto y de complexión atlética—. ¿Por qué no te has parado?

—Lo siento —dijo ella—. Llego tarde al instituto y aún tengo que devolverle el perro a mi tía. ¿Puedo ayudarle en algo?

Le sorprendió la tranquilidad con la que sonaron sus palabras. Su corazón desbocado latía con fuerza y le dolía la espalda porque la mochila con los discos duros pesaba mucho.

—¿Conocías al hombre que vivía en ese almacén?

—¿El almacén donde estaba toda la policía? —preguntó ella, y el hombre asintió—. No sabía que nadie viviera allí. ¿Ha pasado algo malo?

El policía no contestó.

—Carnet, por favor.

Ella se lo dio. Casi no se notaba que las manos le temblaban.

—Llevo un poco de prisa, agente —insistió ella—. ¿Puedo saber qué ocurre?

El policía estudió con atención el carnet y la miró a los ojos, con suspicacia.

—¿Qué llevas en la mochila?

—Un trabajo —dijo ella.

Bianca se dispuso a abrir la mochila esperando que el hombre le dijera que no hacía falta, pero el policía la agarró con sus propias manos y la registró minuciosamente. ¿Qué buscaba? ¿Una pistola?

—¿Para qué sirve todo esto?

—Dentro de veinte minutos tengo la presentación del trabajo de investigación y mis compañeros me están esperando —explicó ella—. Yo llevo todo el material audiovisual y, si llego tarde, nos suspenderán a todos. Sería como tirar seis meses de trabajo por la

borda, agente. Si tengo que quedarme más rato, ¿sería tan amable de darme un justificante, por favor?

El agente la miró a los ojos, como valorando sus palabras.

—Puedes irte —sentenció, y volvió sobre sus pasos.

Bianca se alejó caminando, pero cuando vio que el agente cruzaba la esquina arrancó a correr.

—¡Vamos, vamos! —exclamó.

Resultaba muy incómodo correr.

Su mochila era muy pesada y tironeó de Newton, acelerando tanto como las cortas patas del *bulldog* le permitían. Tras dos o tres minutos de carrera, escuchó sirenas de la policía retumbar a lo lejos. ¿Iban a por ella? Tal vez otro agente hubiera encontrado sospechoso que ella cargara con tantos discos duros externos. O tal vez algún vecino la hubiera descrito como la chica que sacaba a pasear el perro de Jim todos los días. Imposible saberlo.

A pesar de que tenía la respiración entrecortada y sudaba por el esfuerzo, no dejó de correr ni de apremiar a Newton. El calor era empalagoso, pero no tenía tiempo de quitarse ropa. Cruzó una calle de doble dirección con dos carriles por lado y escuchó el escandaloso ruido de una sirena acercándose a toda velocidad. Imposible escapar. Tenía que esconderse. Se agachó entre dos contenedores de basura y se quedó inmóvil abrazada a Newton, conteniendo el aliento. Tuvo la sensación de que el coche patrulla aminoraba la marcha, pero pasó de largo. Tenía que ponerse en lo peor. La buscaban a ella y el agente con el que había hablado conocía su nombre, su aspecto y cómo iba

vestida. Tiró la chaqueta al contenedor de la basura y se ató el pelo para que su melena castaña no quedara suelta. No podía deshacerse de la mochila ni de Newton, pero por lo menos ahora su aspecto había cambiado un poco. Debía pasar desapercibida, confundirse entre la gente y tratar de no llamar la atención.

Bianca avanzó rápidamente, pero con naturalidad, atándose los zapatos detrás de un coche las dos veces que una sirena de la policía sonó demasiado cerca. Tras veinte minutos, llegó a la estación. Ni rastro de la policía. Pagó un billete y esperó en el andén hasta que salió el primer tren en dirección a Barcelona. Los viajeros se atropellaron en el interior del abarrotado vagón, asfixiante a causa de aquel inaudito calor impropio del mes de abril. Algunos la miraron mal porque entraba con un perro en el tren en hora punta, pero suspiró aliviada. Lo había conseguido.

4

Bianca se fundió en la riada de gente que llenaba la plaza de Cataluña. Vendedores ambulantes ofreciendo bolsos falsificados, hombres de negocios trajeados y mujeres con vestidos formales se entremezclaban con estudiantes universitarios y un ejército de turistas vestidos con chanclas, pantalones cortos y camisetas de tirantes que disfrutaban del buen tiempo con el que los acogía la ciudad. Newton se había portado muy

bien durante el viaje en tren, pero decidió no correr riesgos y no usar ningún transporte público para llegar a la parte alta de la ciudad.

El miedo que la había dominado durante toda la mañana había dado paso a una sensación extraña, como si estuviera en uno de esos sueños estrambóticos que surgen después de ver un *thriller* inquietante por la noche. ¿Jim asesinado? ¿La policía persiguiéndola? Parecía demasiado absurdo como para ser verdad.

«Tienes una responsabilidad muy grande. Asímelas, Bianca. Lleva los discos duros a Axel Green».

Cuando llegó a la calle Planella, 22, tenía el cuerpo pegajoso por el sudor y la boca muy seca. Newton aún estaba peor. Había tenido que detenerse media docena de veces porque el *bulldog* se negaba a seguir caminando. Se encontraban en un barrio adinerado, repleto de clínicas médicas, escuelas de pago, zonas verdes y embajadas extranjeras. La calle en cuestión era pequeña, elegante y tranquila, con casitas de arquitectura modernista adosadas, coches de gama alta y algún que otro patio ajardinado.

Bianca pulsó el timbre, pero nadie contestó. Insistió una y otra vez sin resultado, hasta que se resignó a esperar sentada en el bordillo de la entrada junto a Newton. Se había ocultado de unos asesinos y había escapado de la policía para traer unos discos duros hasta aquella casa. Y ahora resultaba que no había nadie. Tamborileó los dedos contra el bordillo de mármol blanco y pisoteó el suelo con impaciencia hasta que alguien abrió la puerta a sus espaldas. Bianca se puso en pie de un salto para toparse con una pelirroja

de unos veinte años. Tenía una expresión hostil en la cara, ojos penetrantes y acento americano. Hablaba como si cada palabra fuera un dardo afilado.

—¿Quién eres y qué quieres? —preguntó tras mirar a Newton con desconfianza.

—Yo... busco a Axel Green —contestó Bianca.

Una expresión de alarma se reflejó en el semblante de la pelirroja, pero reaccionó de inmediato. Esbozó una sonrisa demasiado rígida como para ser sincera y abrió la puerta de par en par, invitándola a pasar.

—Pasa, por favor, no solemos recibir visitas...

Bianca entró en la casa con la mochila colgada en la espalda y observó que el interior del edificio contrastaba con el exterior. La antigua fachada modernista, con un balcón lleno de filigranas y una cúpula tan estética como poco práctica, contrastaba con el interior, fiel a las tendencias más actuales de la moda. Todo reformado, muy caro y con buen gusto.

La pelirroja que le había abierto la puerta parecía ajena al lugar. Bianca tenía amigas que matarían por tener aquel color de pelo rojizo tan brillante, pero su innegable belleza no pegaba con aquel entorno sofisticado y detallista. Aunque la chica tenía un tipo privilegiado, vestía con un chándal viejo y una camiseta agujereada, como si se esforzara por deslucir su figura.

—Lo siento, el perro no puede subir arriba, pero puede quedarse en el garaje.

La pelirroja abrió una puerta y Bianca vio fugazmente un coche muy grande aparcado en el interior. Se arrodilló ante Newton y le quitó la correa, acariciándolo con ternura.

—Tienes que quedarte un rato aquí dentro —dijo, y lo empujó hacia el interior del garaje.

La pelirroja cerró la puerta y empezó a subir las escaleras.

—No me has dicho cómo te llamabas...

—Bianca —contestó ella—. ¿Está Axel en casa?

—Hacía tiempo que nadie preguntaba por él —repuso—. Pasa, ponte cómoda.

Al llegar al final de las escaleras, la pelirroja le indicó que pasara a un inmenso comedor con un amable gesto de la mano. Depositó la pesada mochila en el suelo mientras sus ojos se entretenían contemplando la colección de instrumentos de cuerda que había en una estantería. De repente, notó cómo la agarraban por la espalda y no tuvo tiempo de reaccionar. La pelirroja le barrió las piernas y la hizo caer de bruces al suelo, aplastándola con su cuerpo.

—¿Quién te envía? —Su voz era hostil.

Bianca intentó resistirse, pero la mantenía inmovilizada contra el suelo, presionándole la cara con el antebrazo.

Notó cómo le agarraba el brazo y se lo doblaba en un ángulo imposible, amenazando con rompérselo. El dolor era espantoso e iba en aumento.

—¿Quién te envía? —repitió con voz firme.

—¡Jim! —Su voz sonó demasiado alta, llena de angustia—. ¡Me envía Jim!

—No conozco a ningún Jim... ¿Quién es?

La luxación se hizo más intensa y Bianca reprimió un grito cerrando con fuerza la mandíbula. El dolor hizo que un par de lagrimones resbalaran por sus mejillas.

—¡Ya basta, Lana! —intervino una voz masculina—. ¿Es que no ves que no tiene el perfil?

—¡Yo me ocupo, vete! —contestó la pelirroja, pero aflojó un poco—. ¿Quién es ese tal Jim?

—Mi vecino —sollozó ella—. Me dio un paquete... Tenía que traerlo aquí y dárselo a Axel Green...

—¡Déjala de una vez, Lana! —exigió la voz masculina, y se dirigió a ella con voz más amable—: No contestes hasta que te haya soltado...

Lana liberó su brazo magullado, aunque la mantuvo inmovilizada mientras la registraba palpándole el cuerpo. Le quitó el teléfono móvil y se puso en pie.

Bianca se giró pesadamente, frotándose el brazo magullado y enjugándose los ojos llenos de lágrimas. Delante de ella, ofreciéndole la mano, se encontraba un chico de unos diecisiete años. Tenía el cuerpo muy delgado, y era guapo de cara, con el pelo negro azabache y unos ojos grises que inspiraban calma.

—Soy Axel Green, encantado...

Ella aceptó la mano que le ofrecía Axel y se incorporó del suelo con su ayuda.

—Siéntate, por favor. ¿Quieres un vaso de agua?

Su amabilidad contrastaba con el aspecto feroz de Lana. La pelirroja se agachó para echar un vistazo dentro de su mochila, pero estaba muy pendiente de ella, como un felino en tensión, preparado para atacar en cualquier momento.

Axel Green le acercó una silla y ella se sentó. Bianca aún tenía la respiración entrecortada por el forcejeo y seguía frotándose el brazo de forma inconsciente.

—Y bien..., ¿quién es Jim? ¿De qué me conoce?
—preguntó Axel.

—No lo sé —contestó Bianca—. Llevaba un par de años viviendo al lado de mi casa, en una nave industrial llena de ordenadores y máquinas. Nunca salía. Yo le ayudaba sacando a pasear al perro, nada más.

Axel y Lana intercambiaron una mirada inquietante. A él empezó a temblarle el labio inferior.

—¿Puedes describírmelo?

Lo único que Bianca quería era deshacerse de los discos duros y volver a casa. Recuperar su vida normal. Contarles a sus padres todo lo ocurrido y tal vez hablar con la policía. Su vecino había sido asesinado, pero a nadie se le ocurriría pensar que ella podría haber tenido nada que ver.

—¿Dejaréis que me vaya si lo hago?

—Por supuesto —contestó Axel—. Podrás irte, si es tu voluntad...

La cálida mirada de Axel era lo opuesto a la de Lana, cuyos ojos azules, tan preciosos como salvajes, la escrutaban sin descanso, pendientes del menor de sus movimientos.

Bianca describió a su vecino con la máxima precisión de la que fue capaz. Habló de su cuerpo delgado y desgarbado, de su pelo canoso, de su acento británico, de su aire ausente y despistado, y, mientras lo hacía, Axel la contemplaba con interés creciente, acariciándose el mentón con la palma de la mano.

—Es él, no hay duda —resolvió negando con la cabeza—. Siento que te haya metido en todo esto, Bianca.

¿Se encuentra bien de salud? No entiendo por qué no ha venido a verme él en persona...

Bianca comprendió que aún no les había hablado del tema.

—Está muerto —dijo—. Le han matado esta misma mañana.

Aquellas palabras fueron como un mazazo para Axel. Se dejó caer en una silla y se cubrió la cara con las manos. Por primera vez, vio ternura en el rostro de Lana. La pelirroja le rodeó el cuello con los brazos cariñosamente y le besó el pelo con afecto. Sin embargo, cuando volvió a girar la cabeza hacia ella, recuperó la tensión en el rostro.

—¿Te han seguido? —Su tono de voz era brusco y directo—. Ahora ya sabes que esto no es ningún juego. Hay gente que matará por lo que hay aquí dentro...

Lana señaló hacia la mochila y se colocó de cuclillas enfrente de ella.

—Creo que no me han seguido... —dijo Bianca.

—¿Lo crees o lo sabes? —insistió—. Si te han seguido, tenemos que largarnos ahora mismo. ¿Lo entiendes? Van a matarnos. A todos.

Sintió una oleada de miedo en el pecho y dificultad para respirar, pero se explicó tan bien como pudo. Relató los hechos al detalle y solo fue interrumpida un par de veces por Lana, que mostró un gran interés por cómo había quedado el equipo informático de Jim. Axel la escuchaba atentamente, pero parecía roto, con los ojos húmedos por la tristeza.

—¿Y esto? —Lana le mostró su teléfono móvil—. ¿Cuándo lo has apagado?

—Antes de salir de casa —contestó ella y le mostró la batería y la tarjeta que había extraído—. Jim me pidió que lo destruyera, pero pensé que con eso habría suficiente. ¿Lo he hecho mal?

—No, lo has hecho bien. —Los ojos de Lana eran tan fríos que incluso resultaban amenazadores cuando la felicitaba. Cogió la batería y la tarjeta y se las guardó—. Aún hay esperanza.

La pelirroja le colocó con suavidad una mano en el antebrazo.

—Perdona por lo de antes, pero nos jugamos mucho. Necesitaba que me dijeras la verdad y la gente tiende a decir la verdad cuando su brazo está a punto de romperse.

Bianca asintió, en silencio.

—Tenemos que actuar rápido. —Ahora la pelirroja se giró hacia Axel—. Hay que moverse, antes de que se compliquen más las cosas. ¿Hablamos en tu habitación?

Axel se puso en pie, tragando saliva con dificultad, y miró a Bianca. Sus ojos grises reflejaban tristeza, pero brillaban con agradecimiento.

—Cuanto menos sepas, mejor, Bianca, pero te debo una explicación —le dijo—. Ese vecino tuyo, ese tal Jim... en realidad se llamaba Albert, Albert Green. Y era mi padre.

—Vamos —le apremió Lana con una voz sorprendentemente amable y tierna—. Hay decisiones que no se pueden posponer...

La pelirroja le tomó del brazo para ayudarlo a levantarse.

—Volvemos enseguida —dijo Lana, y las dos figuras se perdieron en el interior del pasadizo, dejándola sola.

5

Bianca se planteó la posibilidad de fugarse, pero no lo hizo. Tal vez quería obtener más información para poder tomar la decisión correcta o tal vez confiaba en aquel chico de ojos grises y tristes que acababa de perder a su padre. Ni tan siquiera lo sabía, pero la posibilidad se desvaneció cuando, unos minutos más tarde, los dos volvieron a aparecer caminando por el pasadizo.

Lana se detuvo en la entrada del comedor.

—Voy a cambiarme de ropa y a darle agua al perro —anunció, y subió por unas escaleras de caracol que conducían hasta un tercer piso, dejándolos solos.

Axel esbozó una sonrisa amarga y se sentó a su lado. Sus ojos brillaban, como si estuvieran a punto de bañarse en lágrimas, pero adoptó una expresión concentrada y habló con entereza:

—Llevo casi dos años encerrado en esta casa. —Suspiró abatido—. Nunca salgo. Es demasiado peligroso para mí. Para poder esconderme, incluso tuve que dejar el doctorado en Ingeniería que estaba cursando...

—¿Un doctorado?

Axel no aparentaba más de dieciocho años y, como mucho, tendría que estar estudiando el primer curso de la carrera.

—Digamos que soy un estudiante bastante precoz —explicó él—. El caso es que tuve que dejarlo todo para esconderme. Yo no tenía la culpa de nada, pero mi padre era mi padre y sus investigaciones pusieron en alerta a gente muy poderosa.

—¿Qué..., qué investigaba?

—Algo muy bueno, algo que puede ayudar a detener el calentamiento global... —contestó—, pero también es algo que puede hacer que mucha gente poderosa deje de ingresar cantidades ingentes de dinero. Y están dispuestos a hacer cualquier cosa para evitarlo...

Axel la miró fijamente a los ojos y continuó la explicación:

—Supongo que mi padre pensó que tu barrio era un buen lugar para esconderse, pero también sabía que iban a por él y que existía la posibilidad de que le encontrarán. Por eso planeó dicha opción minuciosamente. Y aquí es donde entras tú. Necesitaba un cómplice, alguien que custodiara discretamente una copia actualizada de sus descubrimientos y que, llegado el momento, pudiera traérmela a mí en caso de emergencia.

—Aquellos dos... —Bianca buscó la palabra adecuada—. Aquellos dos... asesinos destruyeron todo su equipo informático...

—Dudo que fueran ellos. Lo más probable es que lo tuviera configurado para autodestruirse en caso de que le encontrarán. Ya te he dicho que era precavido. Sé que no lo aparentaba, pero calculaba todos sus movimientos. Él ya tenía preparado el vídeo que has recibido hoy y que te ha permitido traer los discos

duros hasta aquí. Sabía que te ponía en peligro, pero consideraba que su descubrimiento era mucho más importante.

Axel dejó de hablar unos instantes y la miró.

—Lo que tienes que entender es que todos los que hemos estado vinculados a mi padre estamos en peligro. Tú también, Bianca. Crees que ya has cumplido tu cometido y que puedes volver a casa como si nada, pero no es cierto. Ya no hay vuelta atrás.

—Pero los asesinos no me han visto...

—¿Y qué? —objetó él—. La policía te ha interrogado, ¿no? Y supongo que algún vecino te habrá visto sacar al perro a pasear, acercarte hacia la que era su casa... ¿Me equivoco?

Bianca no contestó.

—Ni te imaginas los recursos que tienen. Son poderosos e influyentes, y disponen de mucho dinero y ningún escrúpulo. Utilizarán a la policía en beneficio propio y no dudarán en recurrir a la extorsión y al asesinato para alcanzar sus objetivos. Indagarán. A estas alturas, es muy probable que ya sepan que existes. Te buscan.

—¿Y qué puedo hacer?

—Mantener al margen de todo esto a tus padres —contestó—. Si vuelves con ellos, si les explicas lo que ocurre, vas a condenarlos a una muerte segura, tal vez a algo peor...

Los pasos descendieron por la escalera de caracol y los dos se giraron para ver llegar a Lana. Vestía con unos vaqueros ajustados y una camiseta ancha.

—Estoy preparada.

6

Se notaba que Lana se contenía al pisar el acelerador. Procuraba que el coche circulara a 120 km/h todo el rato, pero de vez en cuando superaba la velocidad máxima permitida en la autopista y entonces frenaba.

A pesar de que Bianca no entendía de coches, había reconocido el logo de Porsche antes de montarse en él. No era ningún deportivo, sino un familiar lujoso y amplio, con una ventana superior que permitía ver el cielo.

—¿Te molesta el sol? —preguntó Lana.

—No... —Bianca llevaba gafas de sol, pero Lana pulsó un botón de todos modos y la ventana del techo se cerró automáticamente.

La pelirroja había dejado de mirarla con hostilidad, pero tenía un carácter seco y taciturno y, desde que habían salido de Barcelona, apenas se habían dirigido la palabra. Bianca estaba aturdida, aún incapaz de digerir todas las cosas extrañas que le estaban ocurriendo aquel día, pero estaba atenta a lo que ocurría a su alrededor. Era observadora por naturaleza. Y analítica. No podía evitar fijarse en la forma de hablar y comportarse de la gente y sacar conclusiones sobre sus intenciones y personalidad.

Lana se colocó en el segundo carril y adelantó unos cuantos camiones alineados como un tren de mercancías. Pese al acelerón, el motor no emitió ningún ruido.

—¿Es un coche eléctrico?

—Sí.

—Debe de ser muy caro, ¿no?

—Carísimo —contestó Lana—. Solo al alcance de los más ricos. Algún día los fabricarán con precios asequibles para todos. Me refiero a los coches eléctricos, no a los Porsches. Los Porsches siempre serán para pijos...

Era evidente que el coche no era suyo. Tampoco le pareció muy probable que perteneciera a alguien tan joven como Axel Green, aunque su padre debía de tener un cerebro privilegiado y quizá hubiera ganado mucho dinero con sus investigaciones.

Lana no era muy habladora, pero ya no respondía a sus preguntas con monosílabos y Bianca intentó recopilar algo más de información.

—Y bien..., ¿qué haces en Barcelona?

—Vine aquí para... cambiar de aires —contestó ella—. Formé parte de una célula de un grupo de defensa del medioambiente en Estados Unidos.

—¿Y qué hacíais exactamente?

—Lo llamaron ecoterrorismo. —Sonrió ella—. Boicoteábamos empresas que causaban daño medioambiental. Ya sabes, abuso de plástico, pesticidas contaminantes, cosas así. Conseguimos molestar bastante, pero al final nos pillaron, claro. Pasé un año en la cárcel y me embargaron las cuentas. Aún tengo denuncias pendientes y no creo que vuelva nunca a Estados Unidos.

Le podría haber explicado que había venido a Barcelona de Erasmus utilizando un tono igual de natural, pero sus facciones eran duras y frías, de alguien

que ha vivido en demasiada tensión como para poder relajarse de verdad.

—Hicimos un buen trabajo. Concienciamos a mucha gente y señalamos a empresas nocivas que perdieron facturación gracias a nuestros boicots y denuncias. Sin embargo, todo aquello no fue más que la picadura de un simple mosquito, cosquillas para un monstruo inmenso que destruye nuestro planeta poco a poco...

Lana desvió la mirada de la carretera un instante para mirarla a los ojos.

—Pero ahora sí que estoy..., estamos..., en algo importante, algo que puede cambiar las cosas de verdad —continuó—. Axel no es ningún mosquito inofensivo. Él sí importa, sobre todo ahora que tiene los discos duros...

—¿Qué hay en esos discos duros? —preguntó Bianca.

—Eso tendrá que explicártelo él. Ahora es el legítimo propietario de la investigación...

El perfil de Lana le pareció el de una persona radical y fanática, pero honesta. Creía que todo lo que estaba haciendo era lo correcto.

Detuvieron el coche en un área de servicio para cargar la batería durante quince minutos. A Bianca le hubiera gustado salir a estirar las piernas, pero Lana se lo impidió. Tal vez fuera una paranoica; la obligaba a ponerse una gorra y gafas de sol para que nadie la reconociera. La pelirroja compró frutos secos y pan integral. Bianca solo aceptó beber un poco de zumo de naranja.

Al cabo de unas horas, el coche cruzó la frontera con Francia y se detuvieron en Perpiñán, en una calle

próxima al mar. El lugar olía a sal y las olas llenaban el ambiente de musicalidad calmosa.

—Ha llegado el momento —dijo Lana.

Las dos salieron del coche. Lana había envuelto el móvil con papel de aluminio. Lo retiró con cuidado y volvió a introducir la batería y la tarjeta. Le devolvió el móvil y Bianca inspiró con fuerza antes de encenderlo. Quería hacerlo rápido, antes de que la determinación que sentía se desvaneciera. Tecléo el número de seguridad y accedió a los contenidos. Tenía muchos mensajes pendientes, pero se esforzó en ignorarlos. Cerró los ojos y se repitió una y otra vez que estaba tomando la decisión correcta, que dejarse llevar por sus sentimientos agravaría la situación y que no era el momento de flaquear.

Seleccionó el contacto de su madre y efectuó la llamada.

—¿Se puede saber dónde has estado?! —dijo una voz enfadada al otro lado—. ¿¿Por qué no has ido al examen?!

—Mamá, escúchame con atenci...

—¡Tú sí que me vas a escuchar! —la interrumpió—. Cuando vengas a casa, vas a...

—¡Mamá! —gritó Bianca—. Es que no voy a volver a casa, ¿vale?

Se hizo un silencio al otro lado y ella apretó la mandíbula, buscando la fuerza para seguir adelante.

—Solo te llamo para decirte que estoy bien y que no me pasa nada malo, que os quiero mucho a ti y a papá y a todos, pero que no voy a volver...

—Pero ¡qué dices! ¿¿Por qué?!

—Me marcho al extranjero, con mi novio.
Los ojos de Bianca se llenaron de lágrimas.

—¡Si tú no tienes novio!

—Sí lo tengo, mamá. Y sé que nunca aceptaríais que me fuera con él —continuó con la voz rota—. Volveré cuando sea mayor de edad. Hasta entonces no me busquéis. Os quiero mucho...

Al otro lado de la línea la voz de su madre se volvía histérica, así que ella se apresuró a cortar la comunicación.

Lana le quitó el móvil de las manos suavemente y lo apagó. A continuación lo tiró al suelo y lo hizo añicos.

—Has salvado a tus padres —le dijo la pelirroja—. Lo has hecho muy bien, los has salvado.

La mirada de Bianca se perdió en la inmensidad del mar. El buen tiempo hacía que hubiera gente en la playa, todos continuando con sus rutinas, sin cambios drásticos en sus vidas. Los envidió por ello. Ninguno de ellos lloraba.

Lana se acercó a ella y le colocó fugazmente una mano en el hombro. Su voz casi sonó tierna cuando volvió a hablar:

—Es peligroso seguir aquí. Tenemos que volver a Barcelona.

EXTRACTO DEL DIARIO DE C.

El zulo es húmedo y oscuro, muy opresivo. Tengo la impresión de que estoy bajo tierra, en una especie de sótano. Sea como sea, no hay ventanas y el techo es tan bajo que cuando camino mi instinto me empuja a encorvarme pese a que hay cuatro dedos entre mi cabeza y el techo. La única luz de la sala, fría y pálida, proviene de un viejo fluorescente. Nunca está en silencio. Emite permanentemente un zumbido que solo se detiene cuando parpadea durante unos instantes para seguir con el mismo ruido insistente. Puedo apagarlo si quiero, pero cuando lo hago la oscuridad es absoluta y siento una opresión en el pecho, como si me costara respirar.

No sé cuánto tiempo llevo aquí, imposible saberlo, pero probablemente no son más que un puñado de horas. Me he despertado tirada en el colchón que hay en el suelo. Lo único que recuerdo es la furgoneta negra detenerse algo bruscamente en medio de la calle. He avivado el paso por instinto pese a que andaba a plena luz del día y nunca tengo miedo cuando camino sola de día. Creo que no he tenido tiempo de gritar. El hombre —seguro que era un hombre— me ha agarrado por la espalda con manos firmes y me ha puesto un trapo en la cara. Olía raro.

Supongo que era cloroformo porque a partir de aquí todo es borroso, como en un sueño que ya no puedes recordar.

Lo siguiente ha sido darme cuenta de que no estaba soñando. Me dolía la cabeza y estaba aturdida, pero cuando he comprendido lo que ocurría me he puesto histérica. He gritado. He corrido hacia la puerta y la he aporreado con todas mis fuerzas. Patadas y puñetazos contra el duro metal. He pedido ayuda a gritos. He lanzado insultos y maldiciones mientras golpeaba la puerta hasta que he notado el dolor. Mis manos temblaban, con los nudillos en carne viva, y me he dejado caer al suelo de rodillas. La puerta es demasiado fuerte. Es metálica, sólida, con un cerrojo que se introduce en la pared. Imposible de romper.

No sé cuándo he sido capaz de ponerme a analizar la situación con sangre fría, no ha sido fácil. He llorado un poco y he recorrido los seis pasos de longitud que tiene el zulo chillando histérica y con la respiración entrecortada. Ahora ya estoy tranquila, poniendo en orden mis pensamientos, pero sigo asustada, muy asustada.

Continúo. He inspirado por la nariz y he espirado por la boca durante un rato. Entonces he explorado el zulo minuciosamente. No me ha llevado mucho tiempo. Paredes sólidas de cemento

sin pintar. Un viejo colchón en el suelo, una manta roída y un escritorio con dos cajones. En el primero he encontrado un paquete de folios blancos. En el segundo había cuatro bolígrafos de color negro. Escribir. Eso es lo único que puedo hacer aquí encerrada, pero no permitiré que lean estas páginas. Las esconderé bajo el colchón mientras duerma o las destruiré, no lo sé. Ya veremos.

Lo más inquietante es que el lugar parece perfecto para encerrar a una persona. Una puerta infranqueable, muros sólidos, una taza de váter sin tapa y un grifo oxidado que escupe un pequeño reguero de agua a borbotones.

Me he puesto en alerta cuando he escuchado la llave hurgar en el cerrojo. Me gustaría haber reaccionado de otro modo. Preparada para atacar, para pelear con quien fuera, pero no. He reulado hacia atrás hasta pegarme contra la pared, con todos los músculos en tensión. Un hombre. Vestido de negro y con la cara tapada con un pasamontañas. Alto, creo que casi metro noventa, ha tenido que encorvarse para entrar. Ancho de espaldas. Cejas espesas y ojos oscuros. En una mano sujetaba un vaso de agua y en la otra una especie de porra. «La primera regla es que tienes que retirarte hasta el fondo cuando entro, bien hecho». Su voz ha sido amable, casi agradable, pero me ha mostrado

la porra. «Créeme, no te gustará averiguar qué ocurre si intentas alguna estupidez». El hombre ha dejado el vaso de agua en el suelo y ha vuelto a mirarme: «No me he molestado en traerte comida porque el primer día nunca coméis...». El muy h. d. p. tiene experiencia, no es la primera vez que hace esto. «El agua del grifo a veces sale turbia, mejor no bebas de allí, ¿vale?». Me he dado cuenta de que iba a cerrar la puerta sin añadir nada más y me ha salido una única pregunta: «Quién eres?». El hombre me ha mirado sin decir nada. No podía ver su cara, pero me ha parecido que sus ojos se tornaban ligeramente oblicuos. Sonreía.

Ha cerrado con llave y he corrido hacia la puerta. He pegado el oído, pero apenas he escuchado sus pasos. Subían, creo. Entonces me ha parecido escuchar otro portazo. Muy lejano. Tal vez solo me lo he imaginado, no lo sé.

